

GILDARDO MAGAÑA, REVOLUCIONARIO ZAPATISTA

INICIANDO SU CARRERA

SUS PRIMEROS PASOS, EN ZAMORA, MICHOACÁN
Ahí nació y ahí curso las primeras letras; estudiante en Filadelfia

EN 1910 ACUDIÓ AL LLAMADO DE LA LUCHA LIBERTARIA
Habiendo fracasado la conspiración en la capital, Magaña se refugió
en el sur, donde se unió a las filas zapatistas

CAPÍTULO I

Donaba la más elevada virtud del corazón: la amistad; poseía la más singular cualidad del cerebro: el imperio sobre las pasiones. Era sobrio con el amigo; sereno con el contrario. La muerte lo arrancó, cuando la nieve comenzaba a caer sobre su cabeza, pero sin que la helada llegase a sus sentimientos.

Todavía vivía en él el optimismo de los veinte años, la abnegación de los treinta, la firmeza de los cuatro decenios. Por eso fue invariable en su credo.

El convencionismo

Ni los sacrificios en las montañas, ni los placeres de la ciudad, ni las ruindades en el camino de la existencia, ni los dolores físicos de sus últimos años, pudieron cavar huella alguna ni en su paisaje interno, ni en su semblante interior.

Fue un cerebro sin pajaritos y un corazón sin refinamientos. Vivía para él, y así vivía para otros. Lo dijo Séneca: *qui sibi amicus est, scito hunc amicum omnibus esse* (saber que el amigo de sí mismo amigo es de todos.)

A veces, fue más que amigo. Había en él un sino paternal. Sin el gesto de señor, fue *padre –pater*, en la dulce expresión latina– de pobres. Por eso amó la tierra –a la que hoy ha vuelto– como nadie; por eso también amó a quienes trabajan la tierra.

Con él, el hombre que viese a la Revolución con ojo daltoniano se reconciliaba con la Revolución. Todos los pecados capitales de la guerra civil se diluían en él; se perdonaban con él.

En la modestia del hombre; en el silencio del hombre, México no supo lo que tuvo; México no sabe lo que perdió.

2

Había nacido Gildardo Magaña en medio del valle hermoso que es el valle de Zamora, cuando la vida era tan ultrajante para el pobre y tan soberbia para el rico. Él mismo era rico; su padre lo era. Esto hace cuarenta y ocho años.

A los cuarenta y ocho años, el día que bajó a la tumba, no tuvo mucho que dejar: una casa a medio construir y setecientos pesos en efectivo. Pero dejó algo más: el corazón oprimido de aquellos a quienes enseñó a ser amigos y de aquellos que una y muchas veces extendieron el brazo para encontrar una pródiga mano.

Los años de su infancia trascurrieron en el hogar mexicano; en aquel hogar de fines del xix –legado de costumbres españolas– que padre y madre formulaban dentro de una muralla de respeto y de obediencia, de amor y de fidelidad, de trabajo y de enseñanza. En ese hogar, que no era el de la opulencia, sino aquel en el que padre y madre querían hacer de sus virtudes un ejemplo; de su cariño una historia.

Reflejo de ese hogar fue don Gildardo; han sido los hermanos de don Gildardo. Muerto el padre, muerta la madre, don Gildardo se convirtió en centro de unión de hermanas y de hermanos. ¡Cómo le respetaban y cómo

le querían aquéllas y éstos! Era la unidad familiar una tradición perenne. Si don Gildardo iba a las montañas, allá iban los hermanos; si don Gildardo sufría algún dolor físico o moral, a su lado estaban los hermanos. Sólo quien ha nacido y crecido en el hogar, es capaz de seguir manteniendo a través de todas las vicisitudes de la vida, el sentido de la unidad familiar; y quien ha mantenido la unidad en su familia, está llamado, más que nadie, a realizar la unidad de una República!

Buen hijo, buen hermano, buen ciudadano; tal fue el invariable camino de don Gildardo Magaña.

3

Aprendió las primeras letras en una escuela de Zamora. No tenía recuerdos gratos ni ingratos de su primera edad escolar. Sobre la escuela debió haber estado su hogar: el padre, la madre, dos hermanos que iban viniendo al mundo uno tras del otro.

Mas de la segunda edad escolar, cuando ha terminado la instrucción secundaria, cuando la época de la pubertad asoma, sí había grandes recuerdos.

Zamora sólo daba poetas y obispos. El seminario tenía abiertas sus puertas para la juventud. La mística ciudad entregaba sus mejores muchachos a la religión, recordando el viejo proverbio castellano: como sembrares, cosecharás. ¿Iba el joven Magaña a estudiar teología y derecho canónico?

Don Conrado, el padre, era un liberal; y si lo liberal no era ya por aquellos días sinónimo de chinaco, de comecuras, sí quería decir amante de la libertad. Esta palabra –libertad– era para don Conrado como una religión. Enseñó a amarla a sus hijos, a los amigos de sus hijos.

Amando la libertad, don Conrado sentía desprecio hacia el régimen porfirista pues dentro de éste no cabían las libertades ciudadanas. Zamora nunca había visto elegir ni a sus gobernantes, ni a sus diputados, ni a sus alcaldes.

Don Conrado quería mejores días para su hijo. Para éste, no era el seminario de Zamora, ni la preparatoria de la Ciudad de México, que daba más petrimetros que hombres de provecho. Con sentido de orden y disciplina, don Conrado buscó para su hijo otro medio, resolviendo enviarlo a Filadelfia.

Allá fueron Gildardo y Melchor, el hermano mayor, quienes quedaron bajo la cordial vigilancia del doctor Formás, amigo de los esposos Magaña.

Tenía entonces don Gildardo quince años. Estudió filosofía y letras, pero algunos apremios de familia le hicieron abandonar la universidad. Para emprender una breve carrera que le pusiera pronto y de nuevo al lado de su padre, obtuvo el título de contador. Se iba a dedicar al comercio.

Otro, sin embargo, fue el camino de su vida. No había en él espíritu de calculador; pero sí de hombre de sistema. De la influencia del medio en que vivió su juventud –influencia tan determinante en la historia del individuo– conservó el espíritu del orden y el cariño por las letras.

Al morir tenía sobre su mesa de trabajo dos libros: el que escribió sobre el zapatismo y *Lo bello*, del filósofo alemán Kant. Con ellos debió haber recordado durante los fatigosos días que precedieron a su muerte, los acontecimientos más grandes de su existencia: la vida de estudiante en Filadelfia, y cuando seguramente tomó contacto con el profesor de Koenisberg, y la vida revolucionaria en las montañas del sur, cuando conoció tantas realidades humanas.

Tres años permaneció don Gildardo en Filadelfia; de regreso en su país, adornando sus aptitudes con el título de contador brillante obtenido, quiso abrirse paso por sí mismo. Era un hombrecito de una pieza.

Había en él un afán de progreso; se sentía atraído hacia grandes empresas. Era imaginativo, sin excesos; trabajador, pero con disciplina. Él mismo refería, con el placer de quien ha podido triunfar, cómo, al comenzar a prestar sus servicios en una importante casa comercial de la Ciudad de México, no se creía en su capacidad, no obstante llevar consigo el título de contador.

Aceptó, por eso, modestamente, un empleo cualquiera en el escritorio de la casa comercial; pero pronto hizo saber sus conocimientos, su talento, su interés en el negocio; y en un corto año había obtenido una posición de responsabilidad y de dirección.

No desmintió jamás sus dotes de administrador. ¡Con cuánta facilidad penetraba en los problemas! El análisis lo llevaba a fijar lo presente y prever lo futuro, no obstante lo cual, muchas y muchas veces no vaciló en los sacrificios; es que poseía sobre un cerebro equilibrado un corazón de gigante.

En 1910, el régimen porfirista estaba ya en el periodo de su desintegración. Una quimera alumbraba al país: la democracia. La religión de la libertad quería maestros, escuelas, templos; maestros ante todo. Después exigiría discípulos y sacerdotes, aunque más tarde los discípulos renegarían de sus maestros y los sacerdotes forjarían una teología política.

Los maestros fueron Flores Magón, Madero, Sánchez Azcona, Vasconcelos, Maytorena, Bonilla, Vázquez Gómez, Magaña y otro más. Los discípulos: esos caudillos que se llenaron de un capítulo histórico de proezas guerreras también cubrieron de escarlata las montañas y los valles. Los sacerdotes, ¿para qué hablar de ellos si en su imperio mancharon una y repetidas veces el altar que fue de la Libertad y que después llamaron de la Revolución?

Entre los primeros que acudieron en 1910 al llamado de la libertad estuvo don Gildardo Magaña, quien no se detuvo para abandonar la posición magnífica que había alcanzado.

Fue conspirador; conspirador bisoño. Él, como Múgica, como Vasconcelos, como Maciel, como Arriaga, creyó en el golpe de audacia, olvidando que ésta no se puede ejercitar sin la reflexión.

Mientras que en el norte de México eran preparados los hombres que marcharían a combatir al enemigo a campo raso; en la capital de la República los jóvenes amantes de la libertad confiaban en la conjuración. La toma del cuartel en Tacubaya; la conquista de un batallón; la posición de las armas y municiones para dotar a los valientes, formaban parte del plan.

La delación, por una parte; la inexperiencia de los jóvenes conspiradores por la otra, fueron las causas del fracaso. ¡Cuántas ilusiones no se habrían hecho aquellos conjurados sintiéndose dueños de un cuartel, marchando luego por las calles de la Ciudad de México, arrastrando las piezas de artillería y emplazándolas para disparar sobre el Palacio Nacional!

Todo fue destruido por la fuerza del poder, y de los conspiradores. Quien no fue preso, buscó el refugio en alguna casa amiga, y quien no quiso asilo seguro, marchó al norte o al sur en pos de la guerra.

El convencionismo

Gildardo Magaña se dirigió al sur. Rico en aguas, en tierras, en luz, el sur era, sin embargo, el solar mexicano más triste, más miserable. A sus habitantes no había llegado ni la lana, para sus vestidos; ni el trigo, para su alimentación; ni el libro, para su escuela. No había heredado respetado, ni justicia cumplida.

De aquel sur prerrevolucionario se puede hablar hoy sin demagogia, pero sí con amargura. La situación de ayer, ya no es actualmente una leyenda: es un documento apodíctico. La convulsión espantosa que se siguió a los sucesos de 1910 es prueba indiscutible de que existió una causa, un mal que fue necesario combatir. No sin razón marcharon los hombres a la guerra.

Antes de ir al sur, don Gildardo Magaña había ido al norte. En San Antonio conoció al señor Madero. Forjando proyectos llevó y trajo noticias; pero más que noticias, ideas. De las ideas nació el Plan Político Social, en el que tanta participación tuvo la señorita Dolores Jiménez y Muro, abnegada mujer, maestra humilde. Aquí, en este Plan, se encuentra el primer chispazo de “tierra libre.” ¿Qué otra cosa se podría dar al Sur, si no su tierra, su agua, su sol? ¿Qué más que la tierra para salvar a aquellas gentes de la miseria?

Y la tierra: ¿de quién o quiénes era la tierra suriana? Había sido de los campesinos, pero ya no era de los campesinos. El juez venal, el jefe político arbitrario, el dinero corruptor, habían hecho que, ora por la violencia, ora por el engaño, las tierras pasasen del pequeño poseedor al opulento poseedor.

Magaña llegó al sur en 1911. No encontró allí más que hombres rudos; pero quienes en su rudeza habían sabido expresar sus anhelos en tres palabras: “Tierra y Libertad.”

El joven, que había visto transcurrir su niñez en la dulzura y el bienestar hogareños; que no había sabido de miserias; que se había educado en una universidad extranjera, entre aquellos campesinos de huaraches, de calzón blanco y de sombrero de palma, parecía una figura exótica.

No obstante, al resolverse a vivir entre aquellos hombres llenos de fe, que creían y sentían su causa —porque era la causa de su corazón y de su brazo—, don Gildardo quiso ser igual que ellos. Dejó de ser catrín de sombrero de

José C. Valadés

“bolita” de los retratos de fines del ’10 para vestir el calzón blanco. Aprendió entonces a ser hombre, y ¡qué hombre! Conoció sufrimientos propios y ajenos. Supo de hambres y de pestes, de engaños y de traiciones. Pero ¡cómo fortaleció su corazón!

Diez años anduvo por las montañas. Sucumbieron muchos y muchos de sus amigos; unos física, otros moralmente. Pero gracias primero a don Emiliano Zapata; después a él, a don Gildardo, cuán grande símbolo llegó a ser la bandera que tremolara.

(Continuará el próximo domingo)

Segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 4 de febrero de 1940, año XIV, núm. 142, p. 1.